



Historias del Covid Sanitarios en la primera línea

«Con lo que he sufrido no soporto ver a los políticos peleándose»

▶ Espinosa, médico del Summa, ha pasado 46 días hospitalizado con Covid-19; ya está en casa

CRUZ MORCILLO
 MADRID

—¿Cómo se encuentra?

—Hecho unos zorros. Hace un rato me han dicho que he dado positivo. Tengo neumonía, no estoy saturando bien.

ABC habló con Salvador Espinosa, 58 años, médico del Summa —servicio de emergencias de Madrid— el 23 de marzo por la noche. Le costaba hablar, tenía tos y estaba enfadado. Se había contagiado trabajando durante una guardia en la calle, cuando los equipos de protección eran casi inexistentes y los sanitarios fueron cayendo como las piezas de un dominó. Una hora después de la entrevista a Salvador, que lleva 30 años en el Summa, tuvieron que subirlo a la UCI del Hospital del Sureste donde estaba ingresado. «No hay camas, pero no te preocupes», le dijo la doctora que lo atendió. Desde ahí lo trasladaron a Cuidados Intensivos del Puerta de Hierro: quince días con su vida pendiente de un hilo.

«No tenía conciencia de nada, no sabía qué había pasado. Te despiertas bajo los efectos de las drogas, con el tubo en la garganta, no puedes hablar... Oía que estaba en Puerta de Hierro y pensaba: habré tenido un accidente yendo a la facultad —es docente en la Universidad Francisco de Vitoria—. No recordaba absolutamente nada del Covid-19 ni de cómo había acabado allí. Me preguntaba si mi familia iría en el coche conmigo, luego poco a poco van hilando como en un sueño».

Han pasado 46 días de horror y volvemos a preguntarle cómo se encuentra, ya en su casa. «Estoy con oxígeno, me ahogo todavía y tengo la voz tocada aún por la intubación, pero mejor. Ha sido tremendo».

«A los dos o tres días de despertar-

«Han rezado por mí hasta en una mezquita»

En estos 46 días infernales Salvador Espinosa ha ido descubriendo el cariño y la cercanía de cientos de personas. Con algunas de ellas llevaba años sin tener contacto. En 2018 impartió un curso de medicina en México. Había fieles de la Iglesia Adventista del Séptimo Día. En el hospital se enteró de que habían hecho un llamamiento mundial para que rezaran por él. Se ha salvado, pero es que han rezado por su curación hasta en una mezquita de Turquía, donde vive un amigo.

me —continúa Salvador— pude hablar con mi familia por videollamada. Supe que estaban bien, pude preguntarles por mis padres. No sabía ni en qué día estaba. Luego me dieron mi teléfono y tenía ¡6.000 mensajes! y solo quería que no se colapsara». Cuenta este médico acostumbrado a lidiar con el dolor y la muerte que el sufrimiento que provoca la enfermedad es «indecible». «Las gafas de alto flujo te van metiendo 50 litros de oxígeno por minuto es como un instrumento de tortura. Es bastante complicado, muy molesto, el dolor abdominal era desesperante. Me dolía tanto que me costaba concentrarme en respirar».

Tristeza por los muertos

Según fue mejorando, dice que empezó a sentir una montaña rusa de emociones: la alegría por estar vivo —«sabía que podía estar en una caja de pino»— y la tristeza al ir enterándose de la muerte de compañeros y amigos. Habla de la soledad tremenda que viven los pacientes, pese a los esfuerzos



Salvador Espinosa, médico del Summa y docente en la UFV

del personal. «Llamaban a la puerta de la habitación, me ponía la mascarilla y ese rato de contacto era maravilloso». Salvador se deshace en elogios y agradecimiento hacia quienes le han cuidado en el hospital Puerta de Hierro. «Desde los médicos a las limpiadoras, los celadores, las auxiliares, las enfermeras, hasta los cocineros a los que no vi. Todo el mundo tenía una palabra bonita para mí».

Los afectos le han llegado en avalancha y siguen. Cuenta que la Universidad Francisco de Vitoria ha estado pendiente de su familia desde el primer día al último, igual que sus compañeros del Summa al que ha dedicado su vida entera. «No puedo decir lo mismo de la dirección, a ellos no tengo nada que agradecerles», explica.

El martes pasado cuando le dieron el alta, sus alumnas que están hacien-

do la residencia en el hospital le prepararon una entrañable sorpresa en el pasillo. «Cruzar la puerta a pie de esa habitación fue como pasar de Corea del Norte a Corea del Sur. Me costó creerlo. He entendido muy bien lo que siente un preso en una celda y eso que la mía era grande», ironiza.

Ahora disfruta de cada momento en su casa con su mujer y su hija, pero se indigna: «Con lo que he sufrido no soporto ver a nuestros políticos peleándose. Es el momento de estar unidos. ¿Cómo es posible que andemos así?». Y advierte a los desaprensivos: «Es una enfermedad muy jodida. No podemos bajar la guardia ni un minuto. Hay que seguir manteniendo el distanciamiento y el aislamiento todo lo posible». Él ha dado ya negativo en la prueba, pero sigue sin fiarse. En casa también utilizan mascarilla. Dice que el miedo, la soledad y el dolor no se le olvidan.

Sin recuerdos
«Cuando me desperté creía que había tenido un accidente de tráfico; no recordaba nada»